

## LA FORMACIÓN HUMANA Y ESPIRITUAL DEL MONJE PAPEL DE LA AMISTAD

### *LA FORMACIÓN, PREOCUPACIÓN FUNDAMENTAL*

En nuestros días, ricos e inquietantes, todo los que están colocados en puestos de responsabilidad en las familias monásticas vuelven, muy preocupados, al campo de la formación; preocupación, que por lo demás se manifiesta constantemente en los documentos de la Iglesia, desde el Vaticano II. Porque dirigir una parcela de una familia religiosa y promover su desarrollo en el campo del ser y del dar es también proporcionarle fuerzas para proyectarse en el futuro. Y la formación es la gran fuerza, pues permite a los monjes vivir efectivamente, para sí y para los demás en una determinada época, y a la vez sedimenta el futuro, porque le cabe preparar los substitutos de mañana. Además, en la formación reposa el buen éxito de la renovación, como dice la *Perfectae Caritatis*: “la actualización de los institutos va a depender, sobre todo, de la formación de los miembros”<sup>23</sup>.

### *LA FORMACIÓN NO TIENE LÍMITES DE TIEMPO*

Temporariamente podemos establecer límites: comienzo y fin del período. Pero, en realidad, el campo de la formación es ilimitado, difícil de determinar. Se pueden establecer programas con tiempos más fuertes, en una distribución gradual, según pide la instrucción *Renovationis Causam* en el N° 4. Pero dentro de esa demarcación no se ha de olvidar nunca que la formación es un proceso para toda la vida. Ningún diploma sella la formación. Escribe Pierre Furter que “el hombre por ser inacabado, tiende a la perfección. La educación es, por lo tanto, un proceso continuo que sólo se acaba con la muerte”<sup>24</sup>. La formación abarca todas las fases de la vida del hombre aun la fase adulta. La formación o la educación del adulto es una realidad. Siendo así, la vida humana no se divide en dos etapas; el tiempo de aprendizaje y el tiempo de madurez, donde se goza del aprendizaje. Todo es formación. Del mismo modo los monjes son también seres perfeccionables, tanto bajo el aspecto humano como bajo el espiritual, toda vez que san Benito siempre quiere hacer notar que el Monasterio es una Escuela, en la cual el Abad es formador y maestro, se refiere al monje llamándole discípulo<sup>25</sup>. En la escuela del servicio del Señor seremos siempre discípulos y “procuraremos aspirar a la caridad perfecta por la práctica de los consejos evangélicos”<sup>26</sup>.

### *LA COMUNIDAD FORMADORA*

“La formación de los nuevos monjes es una región en donde las comunidades llegan a los límites con la realidad viva del mundo (siéntese, con mayor fuerza, la necesidad de una adaptación). Los jóvenes que ingresan a los noviciados, y prosiguen en los años de formación, traen consigo las características de las nuevas generaciones. En parte porque las asimilaron antes de ingresar al noviciado; en parte por la sensibilidad especial para captar cuanto de nuevo se agita alrededor de ellos. Lo cierto es que ante todo sienten los desajustes entre los usos y tradiciones vividos dentro de la comunidad y los nuevos estilos de vida que llevan estampados en el alma y que aman profundamente. Por lo común no

<sup>23</sup> *Perfectae Charitatis* N° 18.

<sup>24</sup> FURTER, Pierre, *Educação e Reflexão*. Ed. Vozes, Petrópolis, 1970, p. 67.

<sup>25</sup> RB, Prólogo.

<sup>26</sup> *Perfectae Charitatis* N° 1.

consiguen formular exactamente las causas de su malestar, ni tampoco, acertar con soluciones adecuadas y justas; la naturaleza, empero, los ayuda a detectar confusamente, con extraordinaria sensibilidad, todo cuanto de un modo o de otro, no anda bien en la sociedad de los adultos”<sup>27</sup>.

Es menester que comprendamos qué ardua es la tarea de la comunidad monástica. Como formadora de los nuevos monjes y estimuladora de los monjes ya profesos, a fin de avanzar por este camino de una formación continua. El hombre latinoamericano trae en sí una serie de características y valores que son propios de esta nuestra “gran Patria” y deben ser acogidos como una oportunidad magnífica que el Señor nos ofrece en la historia, en el campo de la formación, tiempo de liberación. Es el “tiempo favorable, el día de salvación”<sup>28</sup>. Para que nos despojemos del hombre satisfecho en el tener, dejando que nazca en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades, el hombre nuevo, el hombre espiritual, la nueva criatura en Cristo<sup>29</sup>. Nuestras comunidades monásticas deben ser signos de esta novedad e instrumentos de fuerza liberadora del Espíritu –expresiones permanentes del poder de Dios que se manifiesta en la historia por la victoria de lo nuevo sobre lo caduco<sup>30</sup>.

En la historia de la vida monástica, el monje siempre ha encontrado el centro de gravedad en la propia comunidad y fraternidad. Experiencia de Dios en Jesucristo es también experiencia del hermano y de la comunidad de fe. Mientras tanto, muchas veces la vida monástica se volvía sobre sí misma, dedicando demasiado tiempo a problemas domésticos y de búsqueda de un ideal desencarnado. En Latinoamérica, la solidaridad y el compromiso de arranque hacia una mayor liberación y humanización convocan a una apertura de la comunidad al medio en el cual se inserta. Eso exige asumir la cultura de nuestros pueblos, su modo de ser, sus valores humanos y religiosos tales como el sentido de fraternidad, de *amistad*, de justicia, de hospitalidad, de oración, de devoción a María, la jovialidad, el buen humor, y el sentido de la fiesta. Tal compromiso exige una verdadera conversión individual y comunitaria, puesto que estamos habituados a expresar nuestra fe con categorías teológicas –y consecuentemente monásticas– importantes y oficiales, con poca base de confrontación con la realidad. La formación para la vida monástica es también, en consecuencia, un proceso de “aculturación”<sup>31</sup>.

El papel de la amistad como elemento característico de nuestro continente y como factor de liberación y humanización en la formación de nuestras comunidades monásticas es lo que deberá ocuparnos ahora, a partir de este prolegómeno.

### *LA COMUNIDAD FORMADORA Y LAS RELACIONES INTERPERSONALES*

Las relaciones interpersonales constituyen la médula de la vida. Forman y alimentan nuestra identidad personal; en cierto sentido, nos tornamos y permanecemos lo que somos gracias a la atención que nos dispensan los demás. La psicología del comportamiento pone en evidencia que el “YO” toma conciencia de sí mismo, de su identidad original, por el llamamiento del otro y que toda una red de comunicación con los demás nos lleva a desarrollar nuestras potencialidades durante toda la vida. Las relaciones interpersonales no son marginales ni accidentales en nuestra vida. Al contrario, se sitúan en el centro vital de todos nosotros. Paradojalmente las relaciones interpersonales están en el origen de nuestras experiencias más alegres y felices y, a la vez, de nuestras experiencias más tristes y dolorosas. Desde el punto de vista cristiano, las relaciones interpersonales concretan la presencia y la actuación de Dios en la historia de los hombres. El misterio pascual se encarna y obra en nuestra vida, en primer lugar, por las relaciones interpersonales. San Benito en el capítulo 72 de su Regla nos muestra la necesidad profunda de esta relación interpersonal: el celo bueno que los monjes deben tener y que debe marcar toda su vida y ser vivido por ellos “con la más acendrada caridad: es decir, anticipense a

<sup>27</sup> AGUILAR, Sebastián. *Renovación Conciliar de la vida Religiosa*. Bilbao, 1969, pp. 169 ss.

<sup>28</sup> 2 Co 6,2.

<sup>29</sup> Rm 6,4; 2 Co 5,17.

<sup>30</sup> Ef 4,22-24.

<sup>31</sup> *Formação para a Vida Religiosa na América Latina*, CLAR, 1969, *Formação Renovada*. N° 15, p. 20.

honrarse unos a otros, préstense obediencia a porfía mutuamente; nadie busque lo que juzgue útil para sí, sino mas bien para los demás, nada absolutamente antepongan a Cristo el cual nos lleve a todos a la vida eterna”<sup>32</sup>.

Para san Benito la comunidad monástica es una comunidad primaria, donde deben reinar el espíritu de familia y una relación interpersonal bienhechora: una vida de comunión y amor, para que sean conducidos por Cristo, bajo un Abad, a la vida eterna.

Como el hogar es algo esencial para la seguridad de una persona –“me voy a mi hogar porque mi mujer y mis hijos me aguardan”– el monje debe decir “me voy al monasterio porque mis hermanos me aguardan”–. ¡Ay! del monje que descubre que nadie lo aguarda. Porque la comunidad monástica debe dar acogida al monje. Trabajar solamente con las personas de fuera y dar prioridad a esta preocupación puede crear la huida de la comunidad y la búsqueda de amistades fuera del monasterio. A pesar de ello, es necesario que el monje mantenga una relación saludable con los hermanos en el mundo para que no se pierda el contacto con el mundo a través de la exclusividad de amistades intramonasteriales, lo que llevaría hacia una alienación de la realidad. La solución está en el equilibrio entre estos dos polos: las amistades intra y extra monasteriales.

Es de vital necesidad que nuestros monasterios sean escuelas donde aprendamos a amar, a valorizar y a vivir con alegría el duro aprendizaje de ser uno con los demás. Por eso, precisamos dar y recibir en la comunidad, amor, apoyo, comprensión y ayuda fraterna. De lo contrario o caeremos en el desánimo o buscaremos dar y recibir afuera, con todos los peligros inherentes a esa búsqueda. Si yo no pudiera desahogarme con un cohermano que intentara ayudarme, terminaré neurótico, o me ahogaré en el trabajo, en el alcoholismo, en el aislamiento, en una vida sin perspectivas, etc.

En una saludable comunidad monástica podremos encontrar diversos grados de intimidad, desde la benevolencia ocasional a la amistad íntima. Primariamente vamos a hacer una pequeña distinción entre fraternidad y amistad –utilizada por el canónigo Robert M. Brooks en su artículo “Las Relaciones Interpersonales y la Vida Religiosa”–. Y después mostrar que las comunidades monásticas son el lugar privilegiado para la eclosión de amistades.

## *FRATERNIDAD*

La caridad fraterna es fundamental y está en la base de cualquier forma de amor cristiano. Desde el punto de vista cristiano Dios mismo es el fundamento de toda fraternidad, pues, en Cristo, “Él se hizo el mayor de una multitud de hermanos”<sup>33</sup>, y nos invita a vivir como hermanos con Él y con todos los hombres. El amor de hermanos, la caridad fraterna, se concreta por el cuidado, responsabilidad, respeto mutuo y conocimiento recíproco. “Cuidado” significa preocuparse, interesarse por el otro y ayudar al crecimiento interior del hermano. “Responsabilidad” es todo lo contrario a “nada tengo que ver con esto”, antes es el servicio y la prontitud generosa en hacer algo al otro, según sus necesidades. El “respeto” se caracteriza por la preocupación constante para que mi hermano de comunidad pueda ser él mismo dentro de sus características propias y no como querríamos que fuera. San Benito nos recuerda en el capítulo 72: “Tolérense con suma paciencia sus flaquezas así físicas como morales”<sup>34</sup>. San Elredo indica el respeto mutuo como el mejor compañero de la amistad y, por eso mismo quien lo excluye de la amistad destruye su ornamento más precioso<sup>35</sup>. En fin, el “conocimiento recíproco” es el intento de entrar en la vida interior, sin intervenir en su individualidad, para que, conociéndolo mejor, podamos caminar juntos, ayudándonos mutuamente.

---

<sup>32</sup> RB 72.

<sup>33</sup> Rm 8,30.

<sup>34</sup> RB 72.

<sup>35</sup> ELREDO DE RIEVAULX. *L'Amicizia Spirituale*. Cantagalli, Siena, 1971.

## AMISTAD

Muchos autores en el decurso de los siglos han dado definiciones de la amistad, (el *Eclesiástico*, Cicerón, Elredo de Rieval, Sto. Tomás de Aquino, Ignacio Lepp, etc.). La amistad supone alguna semejanza, un número determinado de intereses comunes, reciprocidad y diálogo. Interviene además un elemento emocional, una llama, una respuesta instintiva, espontánea. La amistad es un don, un tesoro. “Nada se puede comparar a un amigo fiel”<sup>36</sup>.

Los amigos se comportan como hermanos, pero además de la fraternidad, sienten admiración, satisfacción y enriquecimiento mutuo por el hecho de estar juntos, lo que ultrapasa nuestra capacidad de definir las cosas. “Hay amigos más queridos que hermanos”<sup>37</sup>. La amistad de elección, de predilección, como la denomina Sto. Tomás de Aquino, “es más profunda y realizadora que la amistad familiar”. La amistad de elección es más profunda y desinteresada. Fundaméntase en el parentesco de las almas, que es más unificador que el del cuerpo<sup>38</sup>. Los monjes, dentro de la comunidad monástica, deben vivir como hermanos, deben vivir fraternalmente, aunque no están obligados a ser todos amigos. Pues, la amistad es un don que recibimos gratuitamente. Es fruto de una gran ascesis y de una larga ciencia, y a la vez, algo espontáneo. Por otra parte, no tenemos condiciones para ser amigos de todos. La condición primera de la amistad es el desinterés –el sacrificio– es buscar antes amar que ser amado.

La amistad es rara y con pocos. Es imposible que tengamos un círculo de amigos muy amplio. Y aun en el círculo reducido, la intimidad es con uno, con dos o con tres. Y siempre uno es “el amigo” con quien más se convive, y con el cual repartimos alegrías y penas. Verdaderamente es el “alter ego ipse”. La amistad debe crear entre las personas una profunda comunión. Cuanto más íntima la comunión, más profunda la amistad. La comunión podrá llegar a una profunda identificación de las voluntades: “idem velle, idem nolle”<sup>39</sup>, un mismo querer y un mismo no querer.

Casiano, en su conferencia sobre la amistad, admite distintos grados en la amistad dentro de la familia cenobítica, partiendo de la obligación de que cada uno sea fraterno con todos. “Con efecto, débese mostrar para con todos la caridad de que habla el Apóstol: ‘Mientras tenemos ocasión trabajemos por el bien de todos, especialmente por el de nuestros hermanos en la fe’ (Ga 6,10). Esta caridad es debida a todos. Nuestro Señor nos ordena tenerla hasta con los enemigos, pues dice: ‘Amad a vuestros enemigos’ (Mt 5,45)... La caridad verdaderamente ordenada es aquella que sin tener aversión a nadie, sin embargo ama de modo más particular a algunos a causa de la excelencia de sus virtudes y de sus méritos... y aún entre estos pocos elegidos hace una segunda selección y reserva algunos que ocupan el primer lugar en su amor y en su corazón”<sup>40</sup>.

La gran tradición cristiana desde la Iglesia primitiva hasta la Edad Media nos muestra una infinidad de grandes amistades, marcada por este amor de elección, de predilección, en las que siempre la referencia a Cristo es considerada como algo insustituible y como fuente de toda amistad y el amor de Dios como fundamento de la misma. La tendencia jansenista que se infiltró en la mentalidad eclesiástica en los últimos siglos fue creando una mentalidad contraria a todo y cualquier tipo de amistad de predilección –y toda amistad en sí misma ya es predilección–, pues toda intimidad personal era considerada como orientada hacia un contacto sexual en el sentido más estricto del término. Y en las comunidades monásticas de Latinoamérica –todas oriundas de culturas europeas– todo y cualquier contacto de amistad era desestimulado y hasta combatido. Esta práctica no tiene sus raíces en la tradición monástica que nos trae testimonios altamente convincentes de que, en determinadas condiciones la amistad puede ser vivida con una transparencia extraordinaria, contribuyendo así, al desarrollo de la personalidad y al crecimiento mutuo.

<sup>36</sup> *Si* 6,15.

<sup>37</sup> *Pr* 18,24.

<sup>38</sup> S.T. II-II<sup>ae</sup>, q. 26, 8 ad 1.

<sup>39</sup> SALLUSTIUS, *Bellum Catilinae* 20,4.

<sup>40</sup> CASIANO, *Conf.* XVI,14.

## *LA IMPORTANCIA DE LA COMUNIDAD MONÁSTICA EN EL DESARROLLO DE LA AMISTAD*

La comunidad es el lugar privilegiado para que el monje haga la experiencia de Dios en Jesucristo: en la Eucaristía, en la proclamación del Evangelio, en la oración particular y comunitaria. En el perdón y de muchas otras maneras el monje encuentra al Señor resucitado. Así, tendrá el equilibrio necesario para la amistad, que deberá favorecer un progreso hacia Cristo. Comunidad significa posibilidad de amistad, sea con personas del monasterio, sea con otras de fuera; sin perder de vista jamás el proyecto de vida al que hemos sido llamados.

## *LA AMISTAD, LA COMUNIDAD Y EL PROYECTO DE VIDA*

Es de suma importancia que los monjes individualmente y como grupo que se propone constituir “una Escuela del Servicio del Señor”, no lleguen a diluir sus objetivos y finalidades ni tampoco perder los elementos de identidad personal y comunitaria.

Vamos a hacer una crítica a dos proyectos de vida comunitaria, intentando no caer en el negativismo.

El primero, marcado por una tendencia expansionista y de posesión, inserido en una sociedad de consumo, defínese al nivel del TENER. En este nivel capitalista y burgués las personas se encuentran sólo en la superficie. No hay presencia efectiva y afectiva. Los participantes de la comunidad no tienen una interacción proficua, sino que solamente se tocan externamente y van reservando para sí mismos espacios para la acción. Este proyecto de vida comunitaria está marcado por el “tener” y no por el “ser”. De ahí, surgen, entonces, en la comunidad monástica, los “tipos difíciles”, cerrados en sí mismos, dueños de sus cargos y oficios, intocables, personas que huyen de la vida común, buscando innúmeras racionalizaciones y defensas para mantener su “statu quo” (misticismo, chismorreo, maledicencia, etc.). Entonces, sus proyectos de vida, sus “hobbies”, su ocio, están siempre ligados a personas de fuera, personas ajenas a la vida monástica. Todo se resume en el “tener”, aunque sea el tener amigos.

El segundo tipo de proyecto de vida comunitaria es el marcado por el encantamiento frente al otro. Este tipo se define al nivel del ser y constituye un paso importante en la maduración de la persona. Es el gran descubrimiento de nosotros mismos y de los demás que ya no son percibidos como objetos sino como sujetos, es decir, personas que interpelan nuestra conciencia personal con una crítica profunda y recíproca. De ahí podrá nacer una auténtica amistad. En este nivel la experiencia es diversa de la anterior –la del “tener”– y amplía nuestra visión sobre el proyecto de vida comunitaria, y el ejercicio de la amistad da vida a una nueva identidad en la persona y en el grupo.

Sin embargo, esta experiencia rica y profunda puede correr el riesgo de tornarse inútil, si sus participantes se contentan con estar presentes a sí mismos como en un momento romántico de amistad. Este momento tiene su valor, pero debe ser superado, pues corre un riesgo de engendrar una autosatisfacción, una dependencia y un no poder estar lejos del otro. Sería, en resumen, un ser que se agota en la satisfacción idealista frente al otro. Por consiguiente, este afecto sería alienante, pues este encantamiento causaría inmovilidad en el momento presente, con demostraciones excesivas de afecto y acogida y sin la indispensable crítica, fecunda y recíproca, que los llevara a insertarse en el proceso histórico de la comunidad donde las ideas y los ideales de sus participantes son un compromiso efectivo con el presente (trabajos, compromisos, etc.) y un lanzarse hacia el futuro (intereses).

La amistad de encantamiento frente al otro olvida, generalmente, que el encantamiento es el primer paso que deberá ser superado para que ambos progresen hacia Cristo, de lo contrario, les faltaría algo esencial para la realización de la misión propia del monje. Sería un ser sin finalidad. Cristo es la luz que iluminará los valores humanos de la amistad y nos llevará a superar el encantamiento por la

accesis dándonos el sentido del misterio pascual en la amistad, el sentido de cruz, muerte y resurrección<sup>41</sup>.

El horizonte de Dios nos lleva a percibir un último aspecto de la amistad en la comunidad, de la amistad y el proyecto de vida, pues el horizonte de Dios nos dice que la amistad humana, por más profunda que sea no es todavía la última, sino la penúltima realización de la persona y de la comunidad, o sea, la consumación. Cristo nos conducirá juntos a la vida eterna después de haber vivido el buen celo con la comunidad, en la comunidad y por la comunidad. La suprema perfección de una amistad será lograda en la eternidad. Allí alcanzaremos la máxima semejanza y la más indestructible convivencia.

La función de la amistad en la vida de una persona, o sea, la búsqueda de la felicidad conjunta, se desdobra según el santo Doctor de Aquino, en tres aspectos: el amigo mira al amigo con el fin de desearle –y hacerle– el bien; el amigo encuentra en el amigo el ejemplo del bien; y finalmente el amigo da al amigo –y recibe de él– la necesaria ayuda para realizar el bien. Y, así, juntos, caminan hacia el supremo ideal, que es Cristo, y llegarán a la suprema felicidad, que es la posesión definitiva de Dios. Cuando esto se dé, la amistad no será ya una necesidad absoluta para el crecimiento de la personalidad –pues se poseerá la plenitud del bien– sino el desbordamiento de felicidad que colma la capacidad de un ser humano. Así santo Tomás habla no solamente de una amistad hasta la muerte, sino aun después de la muerte<sup>42</sup>.

La comunidad es, pues, el ambiente donde la verdadera amistad deberá surgir y donde el monje debe sentirse libre para hablar de sus amistades a los hermanos. La responsabilidad atribuida a una amistad debe ser compartida por la comunidad.

## CONCLUSIÓN

En las comunidades monásticas de Latinoamérica, necesitaríamos reflexionar sobre el concepto de amistad. Respetando los valores auténticos del pasado y de toda la tradición monástica, en conjunto debemos elaborar un nuevo proyecto de vida comunitaria, capaz de hacer nuestra vida atrayente a nosotros mismos, a los hombres del mundo y a los jóvenes que eventualmente, sintieren vocación a la vida monástica. Una comunidad monástica que sea sacramento de Cristo y de nuestra vocación. Para eso es necesario tomar conciencia de que:

- es necesario dar, en los monasterios, una buena formación psicológica y teológica sobre la amistad.
- es necesario tener bien definido nuestro proyecto de vida comunitaria.
- es fundamental la formación y el despertar cada vez más grande de las comunidades para la amistad, en un relacionamiento interpersonal, donde el miedo debe desaparecer poco a poco (miedo de que los demás lleguen a saber que somos menos firmes, menos seguros, de lo que, aparentemente, somos por ellos considerados, etc.).
- los valores del hombre latinoamericano deben ser realmente asumidos en la formación, lo que llevará, consecuentemente, al desarrollo de la amistad.
- el desarrollo de la vida emocional es para cualquier hombre tan importante como su desarrollo físico, intelectual y espiritual.
- el narcisismo y el aislamiento de algunos monjes pueden repeler a los candidatos a la vida monástica y frustrar a otros monjes de buena voluntad que viven en una misma comunidad. Por otro lado, los jóvenes que se presentan como candidatos a la vida monástica deben ser instruidos sobre la distinción entre amistad y fraternidad, siendo aún necesario tomar en consideración la distinción de formación recibida por los religiosos de más edad incapaces de adaptarse al nuevo estilo de vida.

---

<sup>41</sup> CALIMAN, Cleto. *Amizade e Projeto de Vida no Contexto da Vida Religiosa*, Convergencia – Río de Janeiro (97), novembro de 1976, pp. 537 ss.

<sup>42</sup> S.T. I – II, 4 - 8.

– en la raíz de la vida religiosa (monástica) está el acto de fe incondicional en el amor de Dios que nos invita a vivir el misterio íntimo de la vida de Jesucristo. Esta es la fe que amplía nuestra capacidad de amar en virtud del amor prioritario hacia Jesucristo. Esta fe hará que “llevemos unos las cargas de los otros, y así cumpliremos la ley de Cristo”<sup>43</sup>.

*Mosteiro de São Bento  
San Pablo – Brasil*

---

<sup>43</sup> Ga 6,2.